

# Los viajes, el turismo y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

**E**L arte de viajar no es otra cosa que la jornada que se emprende de un lugar a otro sobre la superficie del planeta. Para realizarlo se utilizan medios terrestres, aéreos o marítimos.

El turismo se constituye en efectuar por distancia o recreo el recorrido asegurando el retorno al punto de partida. Actualmente conocemos tres modalidades turísticas que son: 1) El autóctono practicado por los habitantes dentro de sus límites territoriales. 2) El de exportación expidiendo pasajeros hacia el exterior, y 3) El de recibo obtenido por un país para ganar fuentes de divisas. Existen naciones como España, México, Italia o Grecia que resultan principalmente receptoras. Otras como Francia o Inglaterra equilibran sus importaciones y exportaciones. Por último los Estados Unidos, Alemania y Japón inundan de viajeros los cuatro puntos cardinales.

Los estudios acerca de la prehistoria demuestran que si el hombre encuentra un ambiente adecuado permanece en él, sin vagar por la superficie terrestre. Fue así como a lo largo de millones de años salvo por cambios climáticos, invasiones o escasez de alimentos, el ser humano residió en los mismos sitios.

Con el avance del tiempo aparecieron en Egipto los primeros viajeros que navegaban a lo largo del nilo para conocer pirámides y monumentos. Asimismo era admirada la belleza de Ur y para llegar a esta ciudad, se construyeron caminos bordeados de jardines.

Los griegos solían efectuar cortos viajes y un nómade infatigable fue Herodoto, quien recorrió Fenicia, Egipto, la Cirenaica y el Mar Muerto. En sus escritos dejó constancia de costumbres, historia y hasta de la cultura médica de los pueblos que visitaba. Platón viajó por Egipto y Aristóteles por Asia Menor. Sin embargo, la mayoría de los helenos preferían el turismo autóctono y asistían a las grandes competencias de atletismo en Olimpia. También consultaban al oráculo o concurrían para el tratamiento de sus males

a los templos dedicados a Esculapio. Estas travesías se realizaban caminando, deteniéndose en casas particulares o posadas. Cuando Alejandro el Magno invadió la India encontró carreteras flanqueadas por hileras de árboles, las cuales se hallaban provistas de pozos de agua. A lo largo del llamado camino real, los hombres viajaban en carros guiados por bueyes, así como por caballos y elefantes.

Un excursionista excepcional fue el emperador chino Mu, quien recorrió: «los países bajo el cielo, cruzando el desierto de las arenas movedizas, visitó a la madre real de occidente y a la tierra del pájaro rojo conocida por su jade y bellas mujeres».

Otro notable viajero resultó el funcionario imperial Chang Chien quien en el año 138 antes J. C. partió con una caravana rumbo a Persia y retornó a China con la desconocida vid y la alfalfa.

Gracias a las redes de caminos que administraba el Estado, se hicieron frecuentes las excursiones de los romanos. Las personas acaudaladas los recorrían en literas o carrromatos provistos de ruedas. El itinerario se parecía al de los turistas actuales visitando ciudades, templos y monumentos. El lujo en cuanto a viajar alcanzó su apogeo en la galera que transportó a Cleopatra para su encuentro con Marco Antonio. La embarcación contaba con velas de seda de color esmeralda, remos con puntas de plata y cubiertas adornadas por alfombras y velos; donde un conjunto de niños abanicaban a la reina.

Después de la caída del Imperio Romano el principal medio de locomoción fue el caballo y los caminos se plagaron de bandidos. Puede afirmarse que a lo largo de la Edad Media casi nadie viajaba por placer porque se carecía de seguridad en las posadas. El excursionista más conocido de la época resultó Marco Polo, quien partiera desde Venecia en 1271 visitando Persia y Afganistán. Posteriormente recorrió el desierto de Gobi y arribó al palacio del Kublai Kan donde permaneció por años antes de regresar a su punto de origen.

La época de los descubrimientos geográficos en

África y América amplió el horizonte del hombre desarrollando su curiosidad e inquietud. Los viajes de Cristóbal Colón por el nuevo continente dieron por resultado la llegada de grandes grupos de colonizadores.

En el siglo XV aparecieron los coches que durante los siguientes años se constituyeron en el medio de transporte de los ricos. Estos carruajes eran pesados y se requerían seis caballos para arrastrar su carga. Derivados de los anteriores fueron las famosas diligencias que aparecieron alrededor de 1770.

Pocos años después se inauguró en Inglaterra la primera línea ferroviaria y aparecieron las locomotoras y los vagones acoplados. Los de lujo estaban ricamente tapizados alumbrándose con lámparas de aceite y contaban con calefacción. En 1862 se instalaron comedores y posteriormente literas para los viajes nocturnos. El tren más famoso de Europa fue el «Expreso de oriente» que conectaba a París con Estambul. Otra línea que llevaba sus vagones era el «Broadway Limited» que hacía el trayecto de Nueva York a Chicago.

A lo largo del siglo XIX cobró gran importancia la navegación transatlántica y el velero denominado «clipper» surcaba los mares a enorme velocidad. Sin embargo, una revolución en el arte de viajar fue el descubrimiento del buque de vapor. En 1840 el canadiense Samuel Cunard introdujo un servicio regular para unir a Europa con América. Los barcos actuales están equipados con estabilizadores que poseen forma de aleta extendiéndose de babor a estribor contrarrestando el balanceo de las olas. Ellos son retráctiles y se gobiernan mediante un sistema de giroscopios. Los viajes marítimos en el futuro se realizarán en hidrodulizadores los cuales navegarán sobre cojines para evitar la resistencia del casco y el efecto de las tempestades.

Mientras los ferrocarriles y vapores competían por satisfacer a los viajeros apareció un vehículo capaz de cruzar los territorios por carretera. Poco a poco se puso al alcance de muchos el automóvil que hacía grandes recorridos tenien-

do la ventaja de realizarlo en familia.

Sin embargo, al igual que sucedió con trenes barcos o los mismos automóviles; las líneas aéreas acabaron por imponerse en cuanto al desplazamiento del turismo. El primer servicio transatlántico regular se inició el 28 de junio de 1939 al despegar el «Clipper» desde Nueva York hasta París. El vuelo duró treinta horas y los pasajeros durmieron a bordo. Desde finales de la segunda guerra mundial el progreso de la aviación se ha vuelto incalculable y los actuales «jets» transportan quinientas personas a velocidades nunca imaginadas.

## Aspectos psicológicos

A través de todos los tiempos han existido seres humanos con la tendencia a cambiar de lugar. La curiosidad hacia lo desconocido y la aventura constituyen sus principales deseos para trasplantarse de un mundo a otro. Lógicamente la tentación se agudiza ante situaciones sociales o económicas que los presionan llevándolos a modificar el medio que los rodea. En general, este desplazamiento puede significar una fuga que les permite abandonar con dignidad aquello que resulta imposible de solucionar en el país original.

Este impulso por renovar el horizonte geográfico parte de individuos insatisfechos que pueden reanudar su historia en un lugar completamente nuevo. Allí pueden transformarse y con cierta frecuencia contribuyen a su desarrollo.

Por otra parte el turista nunca cambia de patria, porque toma un pasaje circular que le asegura su retorno. En general, han convertido aquello que fue una molestia por siglos en una experiencia de apariencia agradable. Obviamente el turista que viaja por distracción o recreo, del hombre de negocios que lo hace por razones de trabajo y del estudiante que lo realiza con el objeto de obtener nuevos conocimientos.

Podríamos afirmar que los turistas son difíciles de clasificar, pero cabe diferenciar algunos grupos generales. El primer conglomerado está formado por aquellos a los que pudiéramos denominar orales repositivos. En ellos impera la curiosidad y actitud pasiva que los hace sufrir una división entre la excitación e



inquietud del viaje. A lo largo del mismo toman películas, fotografías o notas de los lugares que visitan, pero la mayoría de sus comentarios o gráficas se pierden en el vacío, porque resultan incapaces de elaborar lo que observan. Cabe añadir que este conjunto da una gran importancia a la comida que se les sirve y recuerdan las ciudades de acuerdo a los alimentos y bebidas.

El segundo grupo de turistas se constituye por los anales acumulativos, los cuales se lanzan al viaje leyendo toda clase de guías o folletos que proporcionan una información demasiado superficial de las naciones. Estos sujetos son parsimoniosos, pedantes y petulantes creyendo saber mucho de los lugares que visitan. Durante el trayecto coleccionan toda suerte de objetos inútiles como estatuillas, cuadritos insignificantes, ceniceros, cerillos o cucharitas. Cuando llegan a un museo o monumento

buscan la tienda para adquirir una tarjeta o notas explicatorias, las cuales no sirven para nada. Los sujetos acumulativos suelen ser avaros y clasifican los países de acuerdo a lo que les costaron. En otras palabras, los mejores resultan ser los más baratos.

Otra agrupación turística está constituida por los melancólicos que viven el viaje como si fuera una penitencia. En su peregrinar se ven tristes, con la mirada fatigada y un andar lento. Parece como que en vez de disfrutar la excursión están sufriendo y son víctimas de las circunstancias.

El último conglomerado de turistas está formado por los exhibicionistas y vanidosos. Ellos suelen ser provocativos y desafían con su agresión a los habitantes de los países que visitan. Tratan siempre de demostrar masculinidad con aventuras sexuales o con prostitutas, las cuales utilizan para presumirlas con

los amigos. En general penetran con brusquedad en el espacio de las ciudades haciéndose notar con sus pisadas, actuando de manera intrusiva y se meten en los oídos de las personas con lenguaje vociferante. Habitualmente gastan exageradamente y no obtienen información cultural alguna.

Podríamos decir que los mexicanos constituimos una variante de los anteriores. En el aeropuerto somos despedidos por conjuntos de mariachis y nos acompañamos por el sombrero de charro. Cabe agregar que muchos llegan a los restaurantes más lujosos con la lata de chiles que sirven para condimentar los más delicados platillos.

En conclusión, ante cualquier viaje que se emprenda existe tanto el placer como el displacer. Dentro del primer grupo de sensaciones se encuentra el cambiar de aire, la observación de cosas nuevas y el establecimiento de una comunicación distinta. Por el

contrario, es desagradable el ir al aeropuerto, la cola para abordar el mismo avión, el espacio reducido, la insulsa comida y la película generalmente sin intereses. Tampoco resulta siempre placentero el hotel, el colchón diferente, el congestionamiento de los museos y ciudades, así como las frecuentes dificultades con los idiomas. Lo anterior hace que muchos clamemos: «Hogar, dulce hogar».